

TONOPAH

El otoño ha llegado de repente y ya se necesita una chaqueta para salir a la calle cuando hace apenas unos días aún se podía ir a la playa. Me meto en el abarrotado metro camino de la oficina donde estaré sentado frente al ordenador más de 8 horas. Pienso en todos los informes que tengo sobre la mesa. Se me tuerce el gesto al pensar en mi superior y en el desplante que me hizo ayer. En el vagón del metro veo en una de las pantallas la noticia de que ya tiene fecha de finalización la torre central de la Sagrada Familia. Medirá 172m. Me surge la duda de cuanto tenía la torre central de Tonopah y lo busco en el móvil: 560 pies o, lo que es lo mismo, 170m.

Tonopah es el nombre de un pequeño pueblo en medio del desierto de Nevada, pero también me sirve para dar nombre a una etapa de mi vida que me marcó de forma muy intensa. Allí fui a trabajar en una enorme planta termosolar formada por más de 10.000 espejos dispuestos en anillos alrededor de la altísima torre a la que enfocan los rayos solares para calentar por encima de 500°C de temperatura las sales fundidas que fluyen por sus tuberías.

Para llegar a Tonopah tienes que volar a Las Vegas y desde allí coger un coche y circular algo más de 3 horas por una carretera que a medida que te vas alejando de la ciudad se va volviendo más y más solitaria. Desierto de tierra y matorrales es el paisaje que te acompaña todo el viaje. Algún pequeño pueblo casi fantasma, algún burdel perdido en medio de la nada. Una gasolinera con temática Ovni donde venden merchandising de la famosa base militar Área 51 que también te cruzas en el camino. Se cuenta que allí el ejército americano esconde cuerpos de extraterrestres. Impacta el cambio radical de tu paisaje vital que se produce en apenas 24 horas, pasando de las calles de Barcelona a ir hundiéndote más y más en un paisaje onírico hasta que apareces en Tonopah.

Este pueblo minero está construido a lado y lado de la carretera por la que se llega y que se pierde en el horizonte cuando lo atraviesa. Está formado en su mayoría por casas

con construcciones endeble y patios traseros llenos de chatarra. Cuenta con algún hotel decente y alguno en el que te daría miedo pasar una noche. Todos ellos hoteles de paso de camino entre Las Vegas y Reno. Hay como tres o cuatro iglesias de diferentes corrientes evangelistas. Un cementerio más nuevo, pero también uno antiguo en el que solo hay cruces de madera en las que curiosamente pone la causa de la muerte del enterrado: enfermedad, suicidio, un incendio. No faltan bares en el pueblo, como el House Club que al principio mirabas con recelo por su aspecto destartado aunque sin duda muy peliculero, pero en el que acabas pasando muchas noches y del que saldrán historias que explicarás años más tarde.

Tengo muchas anécdotas y vivencias que me sucedieron en el tiempo que estuve allí. Como el día que me tocó trabajar hasta el atardecer en lo alto de la torre central y cuando ya solo quedaba una cuadrilla de trabajadores formada en su mayoría por indios navajos éstos pusieron en un reproductor de cd los cánticos que en las películas del oeste bailan los indios alrededor de una fogata. Fue un momento que tuvo mucho de surrealista, pero también muy mágico. Me movía entre las plantas de suelo enrejado en lo alto de la torre, subiendo y bajando escaleras de mano, con esa música que lo invadía todo y la luz rojiza de esa hora de la tarde que se colaba por las ranuras. También recuerdo con especial emoción las charlas mientras reparábamos el cable de traceado con Misael, un chico mexicano con pinta de pandillero pero que era un trozo de pan y que de recuerdo me regalo un crucifijo horterísimo que aun conservo.

Pero de todos los momentos que pasé allí, sin duda el que más veces me viene a la memoria fue una noche ya de madrugada, debían ser las 3 o las 4, en la que sonó mi móvil cuando dormía en mi apartamento. Me hicieron ir de urgencia a ver que pasaba con la instalación eléctrica que mantenía en calor un tramo de la tubería de sales fundidas que subía a lo alto de la torre. Me tocó vestirme a toda prisa y presentarme en la obra. Después de solucionar el problema, ya de vuelta por la carretera mal asfaltada que unía la carretera principal que cruzaba el pueblo con la planta termosolar, me paré un momento en un punto indeterminado en medio de la carretera. Era una noche sin

luna y el cielo estaba despejado. Aproveché que estaba despierto a esa hora y en un lugar solitario para observar ese manto negro de estrellas que lo cubría todo. El desierto es un lugar fantástico para contemplar el firmamento. En la radio puse a todo volumen una canción que me gustaba especialmente. Además, como era altamente improbable que por allí pasase nadie a esa hora, apagué el motor y los faros, me subí al techo del coche y me estiré para poder contemplar el espectáculo cómodamente. Estar allí tumbado, en el techo de mi coche, tan lejos de casa y con la música rompiendo el silencio del desierto me hizo sentir vivo y eufórico como pocas veces.

Han pasado más de 10 años desde que dejé Tonopah. Muchas cosas me han pasado desde entonces. Mucho ha cambiado mi vida y mucho he cambiado yo. Pero el recuerdo de ese tiempo permanece imperturbable y me sirve para recordarme a mi mismo que la vida son ciclos y que, aunque ahora no lo parezca, los malos tiempos pasarán.

H. Caulfield desterrado